

"En su hacienda hará dos años.
 "¡Ah! Si yo le hubiera oído!
 "¡Si yo le hubiera hecho caso!
 "Hoy estuviera en mi alcázar
 "Con los seres más amados,
 "Y no contara las horas
 "Para subir al cadalso!"

1891.

COMONFORT

A MI MUY QUERIDO AMIGO ALBERTO FRANCO.

E a Comonfort un hombre

Alto, fuerte, casi obeso;

De vivos y oscuros ojos,

Semblante dulce aunque serio.

Sobre su cutis dejaba

Las viruelas sus hoyuelos;

Cutis que abrazó mil veces

El sol de los campamen'os.

Era en el vestir sencillo,

Cuando no de gris de negro;

Siempre ostentando la honrosa

'Cruz de Constancia' en su pecho.

Militar bravo y sin tacha,

De vastos conocimientos,

Era una dama en el trato

Y como amigo un modelo.

Incapaz de cualquier acto

Que no fuese honrado y recto

Era en la vida privada

Tan amable como tier-o.

Asonbraado al enemigo,
Batiéndose cuerpo á cuerpo.

Como afort tuvo tal ans'a
De morir se combatiendo,
Que fué preciso arrancarle
Del más peligroso puesto,
Cuando ya quedaba solo
En medio del campamento.

Esto obligó á que dijera
El coronel de Ingenieros
Que mandaba á los franceses
Que la victoria obtuvieron:
"Comonfort con su bravura
"Dejó á todos satis'echos,
"Pero era en tales instantes
Un general sin ejército."

Cuán triste de aquel desastre
Salió su espíritu enfermo,
Pero su limpia conciencia
Le dijo siempre en silencio:

Has demostrado á la Patria
Con tus he óicos esfuerzos,
Que le das honor y vida
Por defender su derecho
Y que porque Dios no quiso
No moriste en San Lorenzo.

III

Cuando Comonfort tornaba
A San Luis, desde Querétaro,
A conferenciar con Juárez
Y á explicarle sus proyectos
Como Ministro de Guerra,
Para defender al pueblo
Del yugo humillante y torpe
De Napoleón el Pequeño;

Asesinos zefevosos
Le salieron al encuentro
Junto al molino de Soria,
En tierras de Chamacaero.

Era el once de Noviembre
Del año mil ochocientos
sesenta y tres. Espiraba
La tarde entre los reflejos
Purpurinos del Ocaso
Y el campo estaba en silencio.

Comonfort iba en un coche,
Llevando de compañeros
A un joven, sobrino suyo,
A un ayudante, y con ellos
Un escribiente, elegido
Por su caracter di creto.

Al cruzar la parte angosta
Del polvoroso sendero,
Cuando la escolta venía
A lento paso y muy lejor,
Sa'e un grupo de bandidos
Que asaltan á los viajeros.
Disparando á quemarropa
Sus cien morquetos á un tiempo.
Muere en el coche Velázquez,
Estorbando con su cuerpo
Que Comonfort descendiera
Veloz por el lado opuesto.

! Cuando al fin logró bajarse
En santa colera ardiendo,
En cada mano un revólver,
Sus ojos brotando fuego;
Cuando su ayudante Cerda
Tendido estaba en el suelo
Herido en distintas partes
De sangre y de polvo lleno;
Las balas de los bandidos.

Le atravesaron el pecho,
 Y en unos breves instantes
 Cayó en tierra sin aliento.
 No conformó á los verdugos
 Contemplar al héroe muerto,
 Y agregaron nueva infamia
 A su crimen torvo y negro,
 Profanando como hienas
 Aquellos sagrados restos,
 ¡Arastrando aquel cadáver
 Con una sogá en el cuello! ...

IV

Han corrido muchos años;
 Cambió la suerte de México;
 La paz derrama sus frutos
 Sobre nuestro fértil suelo,
 Y al recordar á los hombres
 Que con patriotismo inmenso
 Sacrificaron su vida
 Por salvar nuestros derechos,
 Es justo honrar la memoria
 Del esforzado guerrero
 Que con heroicas acciones
 Lavó sus sensibles yerros,
 Y que merece en la historia
 Las bendiciones del pueblo.

Enero de 1893.

TOMAS MEJIA

A MI RESPETADO Y QUERIDO AMIGO EL SEÑOR GENERAL
 DON MARIANO ESCOBEDO

I

Mientras Juárez indomable
 va á los destierros del Paso
 á defender su bandera,
 firme como un espartano;
 en México, sostenido
 por el invasor extraño
 se erige un trono y le ocupa
 más que ambicioso engañado,
 un iustre descendiente
 del más grande de los Carlos.

Joven, soñador y apuesto
 Asciende á lugar tan alto,
 Sin ver que á lo lejos flota
 el pendón republicano,
 y sin recordar que el pueblo
 por quien se sueña llamado,
 En otro tiempo á un monarca
 lanzó del trono al cadalso.

Recibióronle animosos
 los que el cetro le entregaron,
 Y al entrar por nuestras calles

fué tan grande el entusiasmo,
que del nuevo rey los ojos
no pudieron deslumbrados,
mirar que las bayonetas
que lo estaban custodiando
eran de extranjeras tropas
capaces de abandonarlo.

II

Joven príncipe, ¿á qué vienes?
¿Por qué dejas tu palacio
en medio de las azules
ondas del Mediterraneo,
como un nido de gaviotas
sobre un peñón solitario?

Este cielo azul no es tuyo,
no son tuyos estos lagos,
ni estos sabinos del bosque
que de viejos están canos.

Nada es tuyo, nada entiende
tu acento, nada ha guardado
cenizas de tus mayores
que en otras tierras brillaron.

Tu sangre azul no es la sangre
de Cuauhtemoc ni de Hidalgo;
cuanto te cerca es ageno,
cuanto te vela es extraño.

Príncipe noble ¿á qué vienes?
¿por qué dejas tu palacio
y aquellas ondas azules
de tu hermoso mar Adriático?

En medio de las tormentas
que se alzarán á tu paso,
cuando pronto te abandonen
los que te están custodiando,
hallarás como consuelo,

como abrigo, como amparo,
la firmeza y el arrojo
del soldado mexicano
que cumple con su bandera
satisfecho y resignado.

Torna príncipe al castillo
donde viviste soñando,
que por las gradas de un trono
subir se puede á un cadalso;

III

Con inusitada pompa
en el ya imperial palacio
se celebran los natales
del reciente soberano.

Ya las guardias palatinas
de uniformes encarnados,
apuestos forman la valla
luciendo adargas y cascos.

Ministros y chambelanes,
consejeros y vasallos,
ostentan con arrogancia
sus pechos condecorados.

El salón de embajadores
por su lujo aristocrático,
recuerda á los que lo miran
de antiguos tiempos el fausto.

De pronto por todas partes
se extiende un rumor extraño
y es que las gradas del trono
el Archiduque ha pisado.

Diversas clases sociales
deben de felicitarlo
y ya están los oradores
por cada clase nombrados.

Un jurisconsulto experto

elocuente, pulcro y sabio,
es de la magistratura
el representante nato,

Le toca el lugar primero,
habla con acento claro,
con respeto se le escucha,
se le mira con agrado,
y estudio y saber revela
cada frase de sus labios.

Su discurso no fué breve,
Su estilo elegante y franco
y al acabar dijo alguno:
¡Bien por Laredo! anhelando
aplaudirlo, sin hacerlo
por respeto al soberano.

Con elegancia vestido,
el clero representando
se acercó un obispo al trono
y dijo un discurso largo
lleno de notas y citas
latinas, propias del caso.
Era el orador de fama
por su elocuencia y su rango,
célebre en aquellos tiempos
entre oradores sagrados.

“No estuvo corte Ormaechea”
dijo después de escucharlo
alguno á quien ya cansaba
la severidad del acto.

Nuevo rumor se produjo
Después en aquellos ámbitos
al ver que al trono llegaba
á paso lento un soldado
de cabellos y ojos negros,
tez cobriza, aspecto hurano,
descendiente de las razas
que en Anáhuac habi'aron

antes de que la conquista
empobreciera á sus vástagos.

¡Formaba contraste brusco
la oscura tez del soldado
con la tez brillante y blanca
del archiduque germano!

Quedó el indígena absorto,
meditabundo y cortado,
sin articular palabra,
la frente y los ojos bajos.

¿Quién es? preguntó un curioso
y le respondió un anciano.

—Se llama Tomás Mejía
y es general reaccionario:
Viene á hablar por el ejército.
—¿Y él hizo el discurso?

—Varios
le escribieron y ninguno,
según dicen, le ha gustado;
el que dirá lo habrá escrito
ó Muñoz Ledo ó Arango.

—Escuchemos.

—Trascurrían
unos minutos muy largos;
Mejía estaba en silencio
todo tembloroso y pálido,
en silencio los presentes
y en silencio el soberano.

De pronto ven con asombro
que el indígena soldado
abriendo los negros ojos
que brillaban animados,
perora sin dar lectura
al papel que está en sus manos.

—“M gestad”—calló un momento;
“magestad”—siguió turbado;
“magestad”—yo no he aprendid

"lo que otros por mí pensarán,
 "pero si usted lo que busca
 "es un corazón honrado,
 "que lo quiera, lo respete,
 "lo defienda sin descanso
 "y le sirva sin dábices
 "Sin interés, sin engaño;
 "aquí está mi corazón,
 "aquí están, señor, mis brazos
 "y en las horas del peligro,
 "si al peligro juntos vamos,
 "lo juro por mi bandera,
 "sabré morir á su lado."

Con lágrimas en los ojos
 trémulo Maximiliano,
 las fórmulas de la Corté
 por un instante olvidando,
 bajó del trono y al punto
 dió al General un abrazo
 que aplaudieron los presentes
 con lágrimas de entusiasmo.

IV

Cayó el príncipe más tarde
 y con él cayó el soldado
 que le dijo esas palabras
 llenos los ojos de llanto.

A Dón Tomás le ofrecieron
 del patíbulo salvarlo
 y el respondió: "solamente
 que salven al soberano."
 Un general victorioso,
 de gran poder y alto rango,
 que le estaba agradecido
 por algún hecho magnánimo,
 fué y le dijo: "yo podría

"lograr veros indultado;
 "os estimo y necesito
 "á toda costa salvaros.
 "¿queréis que os salve? decidlo,
 "que no me daré descanso
 "hasta que al fin me concedan
 "lo que para vos reclamo."

—"Sólo admitiré el indulto
 respondió el indio soldado,
 Si me viene juntamente
 con el de Maximiliano."

—Me pedís un imposible.

—Pues me moriré á su lado.

—Pensad que tenéis familia.

—Tan solo á Dios se la encargo

—Soy capaz de protegeros

Si os resolvéis á fugaros.

—Y al Emperador?—No; nunca,

—Pues su misma suerte aguardo.

Y como lo sabe el mundo
 juntos fueron al cadalso
 y así selló con su sangre
 lo que dijeron sus labios.

11 de Julio de 1890.

XOCHIAPULCO

AL GENERAL D. JUAN N. MENDEZ.

I
 ¿Por qué tan precipitado
 Se escucha el toque de alarma,
 En los humildes cuarteles
 De un pueblo de la montaña?
 ¿Por qué llegan tan velces
 Dejando sus pobres casas
 Los hijos de Xochiapulco
 Adonde fiero les llama
 Con sus marciales acentos
 El clarín de las batallas?
 ¿Por qué se pinta en los rostros
 Esa expresión soberana,
 Que ilumina los semblantes
 Con el fulgor de las almas?
 Esa expresión que en el mundo
 El hombre á tener alcanza
 En los instantes supremos
 En que, cuanto tiene y ama,
 Ofrece como holocausto
 En el altar de la Patria?
 ¿Por qué los antes tranquilos
 Hijos de aquella comarca

Con tan marcial continente
 Empuñan las duras armas?
 ¿Quién se atreve de la guerra
 La bandera ensangrentada
 A clavar de aquellos montes
 Sobre las cumbres más altas?
 ¿Quién pretende en esas rocas
 Adonde anidan las águilas,
 Profanar los patrios lares
 Llevando muerte y venganza?

El invasor extranjero,
 El que tras lenta campaña,
 Hasta el mismo Xochiapulco
 Tiende la pujante garra.
 Con austriacos y franceses
 El conde de Thun avanza;
 Cuatro columnas caminan
 Para combatir la plaza;
 Son muchos los que se acercan
 Y son pocos los que aguardan;
 Mas si se cuentan los muchos
 Los que son menos se bastan,
 Y su arrojo no alimenta
 Ilusiones, ni esperanzas.
 Por eso cuando resuelto
 Al sacrificio, los llama
 El general Juan Francisco,
 Que á los cuatrocientos manda,
 Y tiene como segundo
 En tan terrible jornada
 Al General Juan Bonilla,
 Que un espartano envidiara
 Por su modestia, su arrojo,
 Su saber y su constancia;
 Acuden todos ligeros,
 Y tomando la palabra

Juan Francisco, con voz firme,
De esta manera les habla:

II

—Tantos son los enemigos
Que sobre nosotros cargan,
En cuatro grandes columnas
Y todas de las tres armas,
Que imposible es que resista
La guarnición de la plaza.
Y aunque el deber nos impone
Y el patriotismo nos manda
Morir antes de rendirnos,
Defendiendo nuestra causa,
Fuera sacrificio inútil
Presentar una batalla,
Que dará triunfo seguro
Al enemigo que avanza;
Y no es valor ni prudencia
De un jefe, que siempre trata
De utilizar el arrojó
De gente tan denodada,
Lanzarlos en lucha estéril/
A una segura matanza.
Mas no quiero que tacharme
Pudieran tal vez mañana,
De que entrego al enemigo
La población desarmada,
Por eso, saber pretendo
De todos la opinión franca.
—No nos consultes, responden
Más de cien voces; nos basta
Que tú mandes, y contentos
Obedecer tus palabras.

—Pues bien, dice Juan Francisco,
Antes que con torpe planta,
El invasor extranjero
Mancille aquí nuestras casas,
Y llegue á nuestros hogares
A desceñirse la espada;
Supuesto que no podemos
En número, y no en audacia
Competir con los que vienen
Y que han de tomar la plaza;
No busquemos muerte inútil:
Nos necesita la patria:
Fuera de aquí, en nuestros bosques,
Y en los montes y cañadas,
Aunque pocos, con astucia
Podremos tener ventaja
Y proseguir sin descanso
Hasta que triufe la causa.
Pero el invasor no debe,
Encontrando puerta franca,
Llegar orgulloso al sitio
Que su presencia profana.
¡Soldados! hoy en cenizas
Se conviertan nuestras casas.
El invasor llege al pueblo
Alumbrado por las llamas,
Y contemple en Xochiapulco
La prueba patente y clara
De que no consienten yugo
Los hijos de la montaña! —

III

Aquel discurso escuchando,
Los soldados se entusiasman,
A sus jefes victorean

Ya la Libertad aclaman.
 En esos instantes mismos
 Se sabe que ya cercanas
 Están las gruesas columnas
 De la legión franco-austriaca.
 Comienzan á verse entonces
 Ligeras nubes que empañan
 Sobre los frágiles techos,
 Al flotar grises y blancas,
 Desde el más grande edificio
 A la más pobre cabaña.
 Se va el humo condensando
 Y en mil lenguas desatadas
 De fuego puebla el incendio
 Toda la extensa comarca.

Los soldados, las mujeres,
 Los niños, nadie descansa
 En la terrible tarea
 De quemar sus propias casas;
 Y cuando el fuego está en todo,
 En revuelta caravana,
 Emigran los moradores:
 Los ancianos á vanguardia,
 Y hombres, mujeres y niños,
 En agrupación compacta,
 Se ven del *Cuautecomaco*
 Sobre la vistosa falda,
 Semejando en el ascenso
 A las perseguidas águilas,
 Después . . . después con orgullo
 Miran surgir de las llamas
 El humo, como el incienso
 Que ofrecen ante las aras
 Del más sagrado y augusto
 Altar de la madre Patria!

IV

Aquel montón de cenizas
 Leves, sutiles y blancas,
 Que el viento arrastró en su giro,
 Sembrándolo con sus alas
 Como un bautismo de gloria
 De *Teletla* á *Zacapoaxtla*,
 Volvió á levantarse luego,
 Como el fénix de la Arabia,
 Cuando la paz bienhechora
 Le prestó su sombra grata.

Pero queda en sus campiñas
 Que el *Xochitonal* resguarda
 El recuerdo de sus hechos,
 La alteza de sus hazañas,
 Que los laureles no envidian
 De Sagunto y de Numancia,
 Y que en México repite
 Con noble orgullo la Fama.

LA CORTE MARCIAL.

A MI MUY QUERIDO AMIGO MAGARIO RIVERO.

I

Ancho sombrero tejido
 Con tule de nuestros lagos,
 Al que adornan dos pequeñas
 Hachas de plata en los lados;
 Al cuello suelta corbata
 Roja y tejida de gancho,
 Tejida según se sabe
 Por dos diminutas manos,
 Que juntas semejan lirios
 Y sueltas parecen ampos.
 Amplia blusa, también roja,
 Con grandes botones blancos;
 Calzonera de velludo
 Y ceñidor de burato.
 Frente por el sol tostada,
 Grandes los ojos y pardos,
 La barba escasa y obcura,
 Pelo abundoso y castaño;
 Ágil en los movimientos,
 Carácter resuelto y franco,
 Y diestro como ninguno

En manejar el caballo,
 Durmiendo igual en las rocas
 Que en lecho mullido y blando,
 Y sin resentir los rudos
 Embates de tiempo vario;
 Decidir con las mujeres,
 Afable con los soldados,
 Provocativo y terrible
 Con los del opuesto bando,
 Y fuerte y ágil teniendo
 La edad viril de treinta años,
 De los cuales más de nueve
 A la patria ha consagrado:
 Tal es Benito Ramírez,
 Nata y flor de los chinacos,
 Honra y prez de los jinetes,
 De los valientes ornato,
 Capitán de exploradores
 De un cuerpo republicano.

Siempre con buena fortuna
 En los lances que ha trabado,
 De no salir victorioso
 Escapó por un milagro.

Nunca sorprenderle pudo
 El enemigo en su campo,
 Pues llevaba como regla
 Invariable del soldado,
 Que en la guerra ha de dormirse
 Cual las liebres, conservando
 Siempre los ojos abiertos
 Por lo que viniere al caso.

Pero á pesar de esta regla,
 La suerte en su giro vago,
 Las horas del infortunio

Sobre el guerrillero trajo,
Y una tarde en un combate,
Y por su arrojo llevado,
Entre huestes enemigas
Tanto adelantó su paso
Que al fin cayó prisionero
Cuando murió su caballo,
Y á la ciudad de Morelia
Entre filas le llevaron.

II

En una desnuda sala
De las muchas de Palacio,
Se instalan con gran premura
Y con lúgubre aparato
Los oficiales que forman
Un tribunal que da espanto.

La corte marcial se llama,
Su solo nombre da pasmo,
Que de sangrienta y terrible
Tan grande fama ha alcanzado,
Que á cuantos juzga sentencia
Sin remisión al caldalso.

Ni allí la inocencia vale,
Ni se cuenta un solo caso
De que saliera con vida
Hombre que cayó en sus manos,

Los trámites y defensas,
Peticiónes y alegatos,
Son fórmulas que no engañan
Ni á los mismos acusados.
Pocas horas son bastantes
Para preparar el fallo,

Y fallo y muerte es lo mismo
En los terribles estrados,
Que á la sentencia se sigue
La ejecución en el acto!

A tribunal tan sangriento
El capitán fué llevado.
Era una mañana alegre
Del alegre mes de Mayo.
El cielo estaba en Morelia
Limpio, azul, brillante y diáfano.
Llegó Ramírez en medio
De dos filas de zúavos,
Tan altivo y tan airoso,
Que interesaba mirarlo;
Clavó los soberbios ojos
En los jueces con descaro,
Ocupó, cual todo reo,
El tosco, incómodo banco,
Cruzó la pierna altanero,
Dejó el sombrero calado,
Y una irónica sonrisa
Escapóse de sus labios.
Después de breves instantes
Se dió comienzo al sumario,
Que copio letra por letra
Tal como existe en los autos:
—¿Confiesas que perteneces
Al cuartel republicano?—

.....
Siguióse un largo silencio
Y los jueces agregaron:
—Confiesas que muchas veces
Has podido, disfrazado,
Explorar el campamento
Del cuerpo expedicionario?

¿Confiesas que has perseguido,
Sin dar tregua ni descanso,
A las tropas del imperio
Que están Michoacán guardando?
¿Confiesas que á ti se deben
Mil asonadas y escándalos,
Que sirven á los bandidos
En la montaña scampados,
Que al que cojes no perdonas,
Ni mides virtud ni rango,
Pues por servir al imperio
Ya lo declaras malvado?

A cada nueva pregunta
Ramírez en aquel banco
Tomaba actitud distinta
De indiferente descaro,
Pero al fin le hicieron tantas
Y en ellas dijeron tantos
Insultos, que, en ira ardiendo,
De callar cansóse al cabo,
Y así dijo, con palabras
Que tronaban como rayos:

—Para qué perder el tiempo
Y estarme aquí preguntando,
Cuando el francés me ha cogido
Con las armas en la mano?
¿Cuándo saben que soy libre
Y que siempre fui chinaco,
Y ni doy cuartel ni pido
Que me lo den los contrarios?

Si ya está la sepultura
Mi cadáver esperando,
¿Para qué tantas preguntas,
Ni tenerme en este banco?

Yo ya sé cual es mi suerte;
Ni me importa ni hago caso;
Me matan de puro miedo;
Mas me llevo al otro lado
El gusto de haberlos vista
Correr como perros galgos.

Así, pues, pocas palabras,
Y que me lleven abajo:
Ya verán como se mueren
Los buenos republicanos,
Y eso tengo que enseñarles:
No pregunten más y vamos.

Solamente les advierto
Que muchos hay en mi campo
Que seguirán dando guerra,
Mejores que yo, más bravos,
Y que ni les hago falta
Ni ustedes les dan abasto.—
Alzóse luego Ramírez
Seguido de los soldados:
A poco tiempo se oyeron
Unos tiros en el patio,
Y un nuevo nombre la historia
Pudo escribir en sus fastos,